

Bill Jiménez

Varón de multiforme ingenio



EDICIONES ASTRÁGALO

Primera edición impresa: junio de 2016

© Guillermo Jiménez Muro, 2014, 2016
www.billjimenez.com

Fotografía de la cubierta: Luisjo Martín
Diseño de la cubierta:
Elena Arán, Patricia Raventós, Bill Jiménez

ISBN: 978-84-608-7357-0

Impreso en España

Impresión y encuadernación:
Impremta Descontrol

1

De cicones, lotófagos y falsos cíclopes de Kentucky

Y cada vez que posaba el vaso en mis labios recordaba que el hielo se había derretido diez minutos antes, una lógica que al parecer inquietaba tanto a mis ebrias neuronas que no dejaban al cuerpo despegar los pies del suelo. Mis sentidos interactuaban con la sala y obtenían pésimas lecturas de sus ocupantes, empezando por los comentarios acerca del hombre que nos había reunido. Cosas como «ha recuperado el sonido de sus primeros discos» o reflexiones indirectas como «la Cris ha roto con su novio». Llevaba media hora sin enterarme de nada, salvo que, por las reacciones de la gente en la primera fila, la música de ese barbudo vestido como un camionero de Kentucky era buena, o como mínimo, emocionante.

La magia de lo gratuito me había conducido a esa sala de conciertos. Tiene gran poder en mi trabajo, donde te apuntas a eventos de dudoso interés y a los que vas por el placer de saltarte una cola. «Política de empresa», lo llamamos: nos solemos interesar por las actividades de cualquiera que pague mil euros por media página de publicidad en nuestra

revista. Luego envías a un puñado de redactores a cubrir la actuación y el que llega sobrio al día siguiente escribe una crítica al respecto.

Yo no iba a gastar palabras con ese barbudo de camisa a cuadros, por mucho que sus letras hablaran de sentimientos universales o parábolas sobre la muerte de sus seres queridos. La crítica musical nunca se me dio bien, así que, en un ejercicio de paciencia, esperé a que apareciera mi acompañante.

Sin señales de Richie. Llegaba tarde una vez más. Como siempre. Ni llamadas ni mensajes de WhatsApp, y menos aún responder a los míos. Un tipo con un smartphone de 500 euros y una capacidad patológica para olvidarse de él.

Acerqué la muñeca izquierda a los ojos. Hice una cabriola para encender la luz de mi Casio y casi derramo lo que quedaba del cubata sobre una chica que estaba demasiado buena para merecer tal castigo. A simple vista era un estereotipo, otra adicta a las camisas de cuadros y a los *leggings*. Sonrió y yo la imité aunque por dentro echara pestes de Richie y su puntualidad. Ella debió notarlo, se alejó un par de pasos y devolvió su devoción al cantautor barbudo. La tenue luz del reloj dijo al extenderse que eran las once de la noche y que al concierto no le quedaba ni media hora de vida. Existía una lectura positiva: las ganas de irme; y una negativa que solo entenderían aquellos que me conocen y saben cómo detesto verme sin apoyo en tierra de nadie. Las salas de conciertos distan de ser mi hábitat natural, si es que en alguna ocasión he tenido alguno más allá de la pantalla de un ordenador. Richie lo sabía y aun así me dejó tirado.

Me bebí lo que quedaba del cubata para justificar la búsqueda de otro, caminando con dignidad hacia la barra y apo-

yándome en las paredes de ladrillo rojo cuando mi equilibrio exigía una pausa. Serpenteé entre el público con cautela, sin hacer enemigos. Teniendo en cuenta que en el fondo de la sala había gente a la que el concierto le preocupaba menos que a mí, no tardé en sentirme a salvo y entre iguales.

Dudo de a quién saludé ni qué les dije cuando se me acercaron. Trabajar en una revista de tendencias te pone en contacto con mucha gente interesante que deja de gustarte en el momento en que empiezas a conocerlos. Adviertes que el diseñador de brazos tatuados podría ser tu vecino y que las *chonis* de tu barrio tienen más pinta de *pin-up* que todas esas chicas que hacen girar sus vidas alrededor de la palabra *vintage*. Odiar a esa gente respondía en el fondo a una velada envidia, una consciente que vivía en una férrea competencia con mi sarcasmo, compañero de fatigas al que no pensaba renunciar.

—Biel, ¿qué haces aquí? —dijo una chica apoyada junto a la barra.

—Huyo de un concierto. Necesito repostar —dije en voz alta. Daba igual que te alejaras diez kilómetros del escenario, la música y el ruido te alcanzaban por igual.

—En serio, ¿qué haces en *este* concierto? ¿Estoy descubriendo una faceta desconocida de tu persona? Además, ¿desde cuándo te gusta el folk?

Coco gesticula mucho cuando bebe en las mismas proporciones. Todo en ella es un exceso, como la precisión geométrica de su flequillo o esa soberbia que ella considera una virtud. También es mi jefa y la detesto tal y como debería hacer cualquier empleado con sus superiores.

—Tanto como gustar... Digamos que no me convence y,

técnicamente, es la música popular de otro país.

—Y qué sugieres, ¿qué bailemos sardanas? —dijo a la defensiva.

—Las bailaríamos si hicieran un monográfico en la Pitchfork, y tú serías la primera en aprenderte los pasos.

—Yo *ya* me conozco los pasos de una sardana. No quieres saber por qué.

—No, gracias —dije. Le froté el hombro a modo de consuelo, dejándole claro que no éramos amigos, y menos aún de los que intercambian esa clase de confidencias.

Coco redirigió su desengaño en otra dirección, preferible a entrar en una batalla dialéctica que nunca ganaría. Pagó su consumición: un ron con piña, trago de turistas traditas en años. A ella aún le quedaban unos cuantos para jubilarse y unos seis para cumplir los cuarenta.

—¿Estás con Richie? —dijo Coco tras el primer sorbo.

—Sí, en una realidad alternativa en la que no planta a la gente. Fue idea suya venir a este concierto, el rollo de siempre, caza de culos y todo eso.

—Por favor, sin detalles.

—Ojalá los hubiera, el tío aún no ha aparecido.

—Ni lo hará. Es Richie. Yo solo pido que venga a trabajar el lunes a las nueve, o antes del mediodía. Por soñar...

Ella se quejaba y yo me pedía una copa. Más whisky, más naranja. Coco bebía de su brebaje en silencio, sorbiendo de una pajita negra y mirándome por encima del vaso de tubo. A saber qué estaba pasando por su cabeza. Podía ser cualquier cosa, desde entender mi amistad con Richie a descubrir los motivos por los que nuestra relación fracasó.

Coco y yo salimos durante un mes. No cuajó. Hubo

poco sexo y muchos episodios oscuros, de esos que te hacen ver la soltería de una forma positiva. Me odia desde la ruptura. Sé que me odia. Al menos en la oficina. Fuera resulta inquietante, su mirada tiene algo vacuo e impredecible. Podría apuñalarme o pedirme sin tapujos que nos fuéramos a la cama.

Una vez servido y pagados los ocho euros de rigor, Coco sugirió que nos acercáramos al escenario para oír mejor. Negué con el índice y ella asintió, respetando mi falta de interés en el concierto. Ni tenía la obligación de escuchar a ese barbudo ni la necesidad de revolotear por la sala a la espera de un potencial ligue. Una de las lecciones más sabias que aprendí en la adolescencia, ya hará de eso veinte años, fue la incompatibilidad del flirteo y el aliento a whisky. Existen excepciones, claro, pero requieren una chica en peor estado que tú y cierta falta de paladar.

Coco tardó en incumplir su promesa de someterse al influjo del falso cantautor de Kentucky. Detectó a medio camino a otro de los indeseables que trabajaban para ella y prefirió esquivarlo antes que darle una conversación que espantaría a sus presas. Coco seguía sus propias reglas a la hora de cazar a un hombre. Una de sus máximas era alejarse de los moscones, pues los dípteros, en general, suelen acercarse a las heces. Para cuando quieres explicar a los demás que tú no eres una, ya se han largado en busca de flores mejores.

Yo tampoco estaba para entretener al típico pesado que se cree especial porque su abuela no dejaba de decírselo. Me sentía en desventaja sin Richie, y como buen hidalgo sin escudero, reduje mi espacio vital a cero, lejos de amenazas y libre de seguir bebiendo.

Terminé el cubata en los bises del concierto. Una vez más, llegué al final sin hielo, pero en esta ocasión no hubo lamentos porque ya había tomado una decisión: irme. Enfilé hacia la salida justo cuando un grupo de rezagados entraba en la sala. Felices jóvenes a los que no les importaba que al recital le quedaran minutos para extinguirse. Igualmente dirían que «ha recuperado el sonido de sus primeros discos» o, para disculparse, o disculparlo, que «ya lo vimos en el Primavera Sound».

Ese poder solo te lo pueden conceder las revistas de tendencias. El que más carisma demostraba lucía con orgullo unas gafas de pasta, y el que menos deseaba ser miope para llevarlas. Solo unos pocos, ejemplares evolucionados, demostraban el suficiente criterio para escoger por sí mismos la ropa que iban a vestir, aunque la hubieran rescatado del armario de su abuela o tras reciclar un puñado de trapos fluorescentes.

Algunos acudieron directos a la barra y otros se perdieron entre el público. De ese banco de peces brotó una cara conocida. Risueñas facciones, melena recogida en un moño, vestido floral y pitillos oscuros. El brillo acuoso de sus ojos se podía traducir en una previa ingesta de alcohol y algún que otro porro. Afortunada ella, que pese a ir bebida y fumada conservaba todo su encanto.

Me reconoció y su índice de entusiasmo subió varios puntos. Corrió a abrazarme y yo me sentí incómodo con su contacto, que incluía un habitual perfume de notas florales.

—Nenes, esperad, ¿os acordáis de Biel? —dejó la mano izquierda en mi espalda y la otra quedó plantada en mi pecho en una perfecta trampa.

La clásica amiga protectora frunció el ceño. Estaba al corriente de nuestro lío, más largo y esporádico que el vivido con Coco. Los puntos oscuros eran directamente agujeros negros, y si no la odiaba es porque estaba más buena que Coco y yo seguía exhibiendo una fea predilección por las mujeres conflictivas e inestables.

—¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí? —preguntó tan confusa como Coco.

—Me invitaron, ya sabes, y como no tenía nada mejor que hacer me vine a disfrutar de la noche barcelonesa.

Fue una respuesta estúpida, fruto de los nervios. En nuestro pasado abundó la confianza, pero esta se batía en retirada a la que pasaban más de tres meses sin vernos. Aun así, me intimidaba menos que otras muchas mujeres guapas que he conocido. La gente extrovertida suele dar facilidades.

—La verdad es que había quedado con Richie. ¿Conoces a Richie? —Ella asintió— Pero me ha dado plantón y aquí me ves, buscando a alguien con quien reírme de los demás.

Por su cara pasó el desconcierto y la incredulidad. Pensó, o quiso pensar, que bromeaba.

—Hablando de potenciales víctimas... ¿de dónde han salido las criaturas adorables que te acompañan? —dije.

—No te metas con ellos —Circe me golpeó sin fuerza en el hombro—. Son mis alumnos. ¿Sabes que doy clases en un casal de mi barrio? Bueno, mi barrio no, el de mis padres. Pintura al óleo. ¡Pintura al óleo! Yo, maestra. ¿Te lo puedes creer?

Sí que me lo podía creer: artista del montón, suplía cualquier carencia de talento con dinero y contactos. Su padre era arquitecto, no sé si bueno, pero al menos bien pagado.

Tenía mucha gente a su cargo y andaba cada dos por tres en el extranjero captando clientes. Mientras otros chapoteaban en la recesión él se hacía de oro y pagaba cualquier capricho de su hijita artista. Mierda de envidia.

—¿Y tú qué estás haciendo? —preguntó ella— ¿Sigues en la revista? ¿Y el tema del representante, me hiciste caso y te buscaste uno? Tengo una amiga que acaba de publicar su tercera novela y desde que la fichó un agente no dejan de hacerle entrevistas. ¿Sabes que su libro se vende en el Fnac?

—Me alegro por ella —dije—. Yo me lo tomo con calma. Lo del agente es una muy buena idea, pero ahora mismo tengo tantas cosas en la cabeza que no sabría por dónde empezar.

—¿Te puedes creer que no recuerdo de qué escribías? Da igual. Anda, ven conmigo, ¿salías a fumar?

—Yo no fumo y lo sabes.

—Vamos, yo te he visto fumando —dijo como si le hubiera mentido. No quedó muy convencida, pero consiguió arrastrarme una vez más a la barra.

Sus colegas ya estaban por la tarea de pedirse algo. Algunos hasta escuchaban atentos nuestra conversación, reuniendo datos que luego convertirían en chismorreos.

—No me has respondido, ¿aún trabajas para... para... cómo se llama esa revista?

—Esa revista se llama *Elocuencia*, y si necesitas que te lo recuerde es que no sigues mis textos.

Circe, nombre por el que la conocían mis amigos, quiso disculparse. Mi forma de impedirlo fue pasándole un brazo por encima del hombro. Ella se acurrucó fingiendo inocencia. Nos reímos un buen rato y eso bastó para que sus amigos

me aceptaran en el grupo y se presentaran uno por uno. A la que el último dijo su nombre ya me había olvidado del primero. No necesitaba ir borracho para que ocurriera.

—¿Cuándo te cortarás el pelo? Además, cuánto rizo...
—Circe jugó con uno.

—Tapa mis orejas. Ya por eso merece respeto.

—Oh, tus pobres orejas... —Rebuscó entre mi pelo hasta dar con una—. Pobres orejas de soplillo... Para mí son adorables, que lo sepas.

—Gracias por tu compasión.

Circe repartió copas y no me preocupé por pagar la mía. Alguien lo hizo. Quizá fuera ella, quizá su padre. Me dispuse a bebérmela antes de que el hielo se fundiera.

—Yo te veo bien, pero si prefieres hacerte la víctima, oye, no seré yo quien se oponga. Por cierto, y cambiando de tema, dentro de unas semanas tendré una obra en una colectiva. Nada importante, un favor que me han pedido.

—¿Qué galería?

—No, no, no será en una galería. Es en el local de unos amigos. Había pensado que podrías pasarte por la inauguración y quizá escribir algo para... *Elocuencia* —Disfrutaba con el nombre y lo pronunció lentamente, saboreando letras y consonantes—. ¡O en tu blog! Eso sí que lo leo. Cuando me acuerdo, lo reconozco, pero lo leo.

Mi blog es una extensión de las reseñas que publican en *Elocuencia*, aparte de rajadas varias sobre temas relacionados con el arte. No estoy muy orgulloso de él, pero al parecer los anunciantes quieren que siga vivo.

—Podría intentarlo —Mentí—. No sé qué dirá mi jefa. Bueno, sí, creo que puedo oírla quejándose de mi poca ética,

de cómo digo sí a todo el mundo, en especial a las peticiones del género femenino. Es más, anda por la sala, disfrutando del concierto, si quieres le preguntamos...

—No, en serio, que si te vas a meter en un lío puedo vivir sin esa publicidad. Igualmente, es una colectiva... y en un bar...

—Tranquila, algo se hará —dije.

Sonrió y me miró con ternura, pero esa magia desapareció con un empujón. O quizá fui yo sin darme cuenta, mi sentido del espacio alterado por el alcohol. Al parecer me había apoyado en la espalda de alguien creyendo que era una columna. Circe se echó a reír.

Conseguí que no perdiera el humor, incluso cuando mi instinto de conservación me susurró que solo quedaban quince minutos para las dos. Quince minutos para sustituir la relativa comodidad de un metro por el traqueteo del autobús nocturno. Otra opción era volverme a casa andando y recorrer el centro de la ciudad, sembrado de turistas que llevaban bebiendo desde las tres de la tarde. En mi estado, imitando el movimiento de un caballo de ajedrez, resultaba inviable.

La hora crítica pasó y creí que podría mantenerme despierto hasta las cinco de la mañana. Por la cabeza de Circe pasó algo parecido, pero le delataban los ojos entornados y una creciente falta de equilibrio. Sus amigos le reían cualquier comentario, lo oyeran o no. Ella se aprovechaba de su habilidad para resultar adorable y, tras unos pucheros, los convenció para que se fundieran en un amistoso abrazo. De tanto en tanto se escapaba al lavabo con alguna amiga y volvía más perdida si cabe. En esas pausas yo iniciaba incómo-

das conversaciones con sus colegas, alumnos o lo que fueran. Un chico rubio con uno de esos *piercings* que atraviesan la nariz formando una herradura me preguntó de qué nos conocíamos. Asumí que hablaba de Circe.

—Estuvimos juntos un año —le expliqué—. Rompimos y volvimos tres veces y la cosa no hacía más que empeorar. De una chica difícil y un chico difícil solo puede salir una relación difícil, ¿tú qué opinas?

Asintió y su flequillo bailó para mí. Respondí con una sonrisa y unas palmaditas en el hombro fáciles de interpretar. Le fascinaba mi borrachera y los tumbos que hacía pasar por estúpidos pasos de baile.

—¿Julia es difícil? —dijo él— Cuenta, cuenta, ¿qué te hizo?

Lo pensé, me costó, y así lo dije: —Lo que hace a todos los hombres. Ella vive a un ritmo que el resto de los mortales no podemos seguir. Supongo que le viene de familia. La cuestión es que es superior a sus fuerzas, primero te da vidilla y luego acelera hasta que te deja atrás. Si tienes orgullo, te resientes de llegar tarde y con la lengua fuera. A mí por aquel entonces me sobraba, era un poco gilipollas. Así que el cuento se explica por sí solo.

El chico se llevó ambas manos a la boca escondiendo la enorme «O» que esta formaba.

—Pero, oye, muy bien —dije—. Durante un tiempo estuve a la altura. Aguanté nueve meses y no me arrepiento. Me lo podría haber ahorrado, pero sigo sin arrepentirme.

La amiga protectora se sumó a nuestra charla y el chico no tardó en ponerla al día. Él le hablaba al oído y ella abría los ojos como platos, repasándome como si en lugar de un

simple cotilleo le hubiera dado las dimensiones de mi pene. Su actitud adolescente resultaba irritante y aún me jodió más recordar que les sacaba entre doce o trece años. No eran culpables de actuar como lo que eran.

Circe llegó del baño y lo primero que hizo fue besarme. Fue una sorpresa, pero para eso estaban sus dedos perdidos entre mi pelo. Con ellos evitó que apartara el rostro.

—¿Y esto a qué viene? —dije algo tarde.

—¿Sales con alguien? —preguntó.

—No. No salgo con nadie, pero estas cosas se avisan, aunque sea con gestos o miradas. Llámalo vieja escuela.

Sus amiguitos nos miraban, pero nada más ser descubiertos se alejaron de la escena. Algunos se despidieron y jamás volví a saber de ellos, y otros pulularon por la sala, moviéndose con la música de un dj que no lograba ubicar y que nada tenía que ver con el ya lejano concierto del barbón de la guitarra acústica. Me sentí libre para tomarla por la cintura y seguir con el baile de lenguas, al menos, hasta que recordé el rechazo que me generan las parejas que se enrollan en lugares públicos.

—Imagino que esto lo hacemos porque estamos borrachos —dije a la mínima que hubo aire entre nosotros, aunque este contuviera una intensa mezcla de olores corporales. Suyos y míos.

—Claro, hace dos años que rompimos —dijo ella—. Igualmente, somos adultos, ¿es que tenemos que dar explicaciones por todo lo que hacemos?

—No, claro que no, pero me parece raro —Me revolví el pelo con una mano—, sé cómo funcionan estas cosas. Follaremos, nos gustará tanto como nos gustaba cuando salía-

mos juntos, y por un instante nuestras cabezas se llenarán de ideas locas, como que dos años son suficientes para aprender de nuestros errores y que más vale una relación inestable que comerte los mocos indefinidamente.

Circe se precipitó en el mundo real y sobrevivió a la caída. Noté como la vanidad le dibujaba unas nuevas facciones. Ya no era la treintañera que salía de fiesta con adolescentes, era una adulta que había demostrado, más allá del dinero de su padre, su independencia en una ciudad frívola como Barcelona. No iba a permitir que un ex de lengua afilada emitiera juicios precipitados sobre su vida amorosa.

—Vámonos —dijo tomándome del brazo—. Este sitio se me hace pequeño.

—Este sitio *es* pequeño.

Salimos, esquivando a la gente, despidiéndonos de los que pensaban aguantar hasta el amanecer y rescatando nuestras chaquetas del guardarropa. Un portero nos abrió la única salida, desconfiando de que nosotros, risueños y afectados, no supiéramos como empujar el antipánico.

Circe rebuscó en su bolso y sacó un paquete de tabaco. Me ofreció un cigarro, rubio, mierda buena.

—No fumo —dije.

—Lo sé, me lo dijiste, enciéndeme uno mientras me pongo la chaqueta.

Mi obediencia activó la máquina del tiempo. Circe y el cigarro, dos elementos de un pasado lejano, juntos otra vez. No había perdido práctica y para cuando ella terminó de ponerse su gabardina, yo ya le había dado un par de caladas al cigarrillo, la garganta me ardía y devolvía el humo a los cielos. Flotó sobre nuestras cabezas y se mezcló con las ema-

naciones de otros muchos fumadores.

—Cogemos un taxi —dijo. Buscó algo en su bolso que no logró encontrar. Irritación y dulzura podían coexistir en el mismo cóctel.

—Sí —dije—. ¿Mi casa?

—Tu casa.

Conseguir un taxi fue sencillo. Esperamos a que Circe se terminara el cigarro. Daba largas caladas y golpecitos al suelo con la punta del zapato. El *eme* y el consumo desaforado de alcohol suele pasar factura a los principiantes o a los adultos que llevan años sin drogarse como Dios manda.

El taxi tardó una barbaridad del centro a mi piso en el Ensanche. El conductor, pakistaní y con dos días en el país, tuvo problemas para entender mis instrucciones y directamente me pasó el GPS. La pantalla estaba sucia, llena de huellas de otros clientes tan borrachos y sudados como nosotros.

—No me he comido los mocos en estos dos últimos años —dijo Circe con los brazos cruzados. Pasaba de niña a adulta con facilidad.

—Yo tampoco —dije—. Ha habido gente maja y alguna que otra perturbada. Ya sabes que atraigo a las perturbadas.

—Gracias.

Vi por el retrovisor como pasaba de la indiferencia al escepticismo. Aproveché que no miraba para examinarla y descubrir cómo la había tratado la vida en los últimos meses. No había cambiado, quizá algún poro más abierto que otro.

—Deja de mirarme por el retrovisor —dijo.

El pakistaní dio un respingo. Eso sí que lo entendió.

—Tranquilo, es a mí —le dije.

Circe resopló. El alcohol ingerido huía de su cuerpo.

—¿Tienes coca en casa?

—No, lo siento, solo condones.

—Tú y tus ironías de escritorzuelo de novela negra — dijo.

—Cabrona —La miré escandalizado y ella supo ignorarme con una carantoña—, y me preguntaste que qué escribía. Vaya si te acordabas... Menuda repelente... Además, *escritorzuelo*. De dónde has sacado la palabra, ¿del Siglo de Oro?

—Claro que recuerdo de qué escribías —dijo, esta vez mirándome a mí y no a la melena engominada del taxista.

—Y no te gustaba.

—¡¿Pero qué dices?! Vale, reconozco que tus historias no son santo de mi devoción, pero he de reconocer que te las curras. No dije lo del agente por quedar bien. Necesitas ayuda o amigos, y en ocasiones dudo mucho que quieras lo primero y tengas lo segundo. En serio, no me he comido los mocos.

—Entonces conociste al hombre de tu vida y al poco te dio plantón.

Esperaba el golpe. Su manita convertida en puño llegó hasta mi hombro y depositó un dolor que duró medio minuto. Me froté el brazo y pedí disculpas.

—Rompí contigo por gilipollices así —dijo—. Estabas siempre a la defensiva. Esa mierda del escritor atormentado ya cansa. Hazme el favor de buscarte otra excusa o reconocer abiertamente que eres idiota.

Quise decirle que los escritores atormentados venden libros y yo solo acumulaba manuscritos en un cajón.

Circe no parecía realmente molesta, pero había adelantado acontecimientos. Nuestras peleas solían llegar al día siguiente, tras el sexo. A los cinco minutos dejó de cruzar los brazos, una buena señal. Miré la hora y en el Casio decía que la discusión había comenzado antes de tiempo. Richie seguía sin dar señales de vida.

—No hará falta despertar viejos fantasmas —dije—, tenemos la conciencia tranquila, y a no ser que se nos rompa un condón, no hay de qué arrepentirse.

Al no darme la cara, fue más fácil depositar un beso en su cuello. Toda ella se encogió risueña.

—¿85? —preguntó el taxista. Habíamos llegado.

—Sí, el 85. Pare ahí mismo.

Detuvo el coche junto al chaffán de una manzana y, tras el asalto a mi cuenta corriente, andamos diez metros por una calle en silencio. El estruendo de un camión de basura escondió nuestras risas y conversaciones de camino a la entrada del edificio.

—No era el hombre de mi vida... —dijo apoyada en una pared. Esperábamos al ascensor, uno de esos antiguos de puerta enrejada. El piso era viejo como su arrendatario y el alquiler razonable, acordado en una época donde no hacía falta especular con la vivienda.

—¿Entonces qué era? —Apoyé un brazo en su muro.

—Mi marido.

Circe me eludió como un duendecillo travieso, confabulada con el ascensor, que facilitó la huida al abrirse. Preguntó una vez más por mi supuesta reserva de drogas, pero no pude responderle de tan abierta que tenía la boca.

—Sí, me casé —dijo airada, como si la hubiera acusado

de matar a Cristo—. No una boda en el sentido estricto de la palabra. Nos hicimos pareja de hecho. Un maldito año de amor, felicidad y cuernos.

—Menudo hijo de puta... ¿y cómo lo supiste? —Vi mi rostro pálido y difuso en el espejo del ascensor. Me gustó tan poco como la resaca que tendría al día siguiente.

—No quiero hablar de ello, pero por ser tú haré una excepción. ¿A quién quiero engañar? ¡Necesito contarlo! Es una mierda, y sé que tú me entenderás. Es más, pensé en explicártelo nada más vernos, pero iba a parecer una chalada y no quiero parecer una chalada delante de mis amigos.

Temí que fuera a llorar, pero al parecer había ensayado la escena varias veces en su mente y demostró una envidiable contención. Llegábamos al quinto piso cuando le pedí que bajara el volumen y me contara el resto en casa. La media de edad en mi planta era de sesenta años y no entenderían que mi ex novia borracha anduviera explicando a viva voz su fallida vida sentimental.

Circe recordaba cada metro cuadrado de los cincuenta metros cuadrados que componían mi casa. Antes de quitarse la chaqueta ya andaba por la cocina hurgando en la nevera. Dejé mi abrigo en el perchero de la entrada y ella apareció en el pasillo sosteniendo una bolsa de cacahuetes abierta y una botella de lambrusco.

—Era simpático, quizá muy sensible, y me trataba bien —explicó de camino al sofá—. Te juro que hacíamos buena pareja. Y es como tú, le gusta escribir. Poeta —Ambos arrugamos el ceño—. Muy constante, dedica muchas horas al día. Por otra parte, no sabía una mierda de arte, pero se quedaba plantado delante de mis cuadros haciendo el esfuerzo

de entenderlos.

—¿Qué estás pintando ahora? —Le ayudé a quitarse la gabardina.

—Me ha dado por el surrealismo, pero he de reconocer que estoy algo verde. Aun así he vendido un par de cuadros. Amigos de mi padre.

Sonreí, al parecer, demasiado. Si no hubiera estado de por medio el relato de su matrimonio, habríamos discutido. Ella sabía que detestaba ese asunto de la niña mimada y solía usarlo como arma cuando me quería cabrear.

—Pues como te decía, me pillé por él. Y durante un tiempo le quise con locura. Yo bajé el ritmo. Pasaba más tiempo en casa y pocas veces salía de fiesta, ¿te lo puedes creer? A mi padre y su mujer les encantaba, pero claro, estaba ese asunto de no tener trabajo. A Albert lo conocí estando él en el paro y conmigo fundió sus ahorros. Durante unos meses corrí con sus gastos, que no eran muchos, la verdad. Me consolaba ver que se dejaba el dinero en librillos de segunda mano, pero lo que no podía soportar es que se pasara el santo día sin hacer nada, perdiendo el tiempo en Internet o, según él, buscando formas de dar a conocer su trabajo. Como una estúpida no quise ver la señales. Cualquier tontería bastaba para engañarme, y la mentira más gorda fue acceder a casarnos.

—Es difícil verlas, yo en una ocasión...

—Pero se supone que soy una mujer con estudios, independiente, capaz de distinguir entre el bien, el mal y los novios caraduras. Soy mejor que mis compañeras del Instituto, con todos esos títulos que tiraron por el váter al casarse. En cambio, yo me enredo con un vago hipersensible que me

hace sentir como una mierda cada vez que le abronco. No sé cómo lo hacía, pero él siempre era la maldita víctima. Luego estaban sus amigas... ¿Ves? No soy celosa, pero empecé a pensar que se veía con otras mujeres.

Fui a buscar unas copas mientras hablaba y, tras llenarlas hasta arriba, seguimos —siguió— hablando durante media hora. Mis neuronas chorreaban alcohol y entré en esa fase en la que los contornos pierden nitidez y sabes que, si te levantas del sillón, las paredes comenzarán a alejarse a gran velocidad. Circe lo llevaba peor, casi derrama una copa en el sofá y nunca una persona alargó tanto sus monosílabos.

—Lo que más me jode es que mi padre sigue preguntando por él —dijo—. Me apuesto lo que quieras a que me culpa de la ruptura.

—No creo... Ya sé que las cosas con tu viejo nunca han ido bien, pero tampoco lo veo recreándose en las heridas de su propia hija. Tu padre pertenece a una generación que pasaba bastante de sus hijos. Confiaban en que los colegios de pago hicieran el trabajo duro y la televisión el resto. No se les puede culpar, los míos son por un estilo o peores.

—¿Tan desesperada estaba que soporté durante un año a un gilipollas?

—La felicidad es como un oasis, mientras estás en él olvidas que a tu alrededor no hay más que desierto.

—Qué literario... ¿Tratas de consolarme o te estás haciendo publicidad?

—Ambas cosas, la verdad.

Quise apurar la botella de lambrusco pero descubrí que alguien ya lo había hecho por mí. Agité la botella pero el contenido no se multiplicó.

—Un poco teatral, pero es una buena frase. Me gusta. Deberías usarla en una de tus novelas, si es que no lo has hecho ya. He visto tu portátil abierto en esa fea mesa de Ikea, la que tiene todo el mundo. ¿Qué estás escribiendo?

¿Qué estaba escribiendo? Buena pregunta. Hice memoria. La mesa no era tan fea.

—En ese ordenador no hay más que basura, artículos para, ¿preparada? *Elocuencia* —Circe dio palmitas—, y el borrador de una novela que está revisando un amigo.

—¿Richie? —preguntó ella.

—No, uno menos amigo pero más formal. O algo así. Era mi profesor en el instituto. Volvimos a vernos en una reunión de antiguos alumnos, de esas en las que la gente compara éxitos y fracasos además de exhibir doscientas fotos de sus hijos. ¿Y en el fondo para qué? ¿Para mirar en otra dirección cuando te los cruzas por la calle? En fin... este señor, porque es un señor: está casado, tiene una hija y creo que ronda los cincuenta y pico años... pues este señor recordaba lo bien que se me daba explicar historias. ¿Te he contado que gané dos Juegos Florales en mi escuela? Creo que mi madre conserva los trofeos... En cualquier caso, este señor me dijo que si quería una segunda opinión podía pasarle una de mis novelas, a ver qué podía hacer por ellas. Creo que tiene cierta experiencia editorial o amigos en el negocio.

—¿Y qué le has dejado?

—Un relato de pueblerinos en la Arizona de los años setenta. Hay varios crímenes, un enano, prostitutas caníbales y un sheriff gay... lo habitual.

La mano de Circe permaneció en mi mejilla en lo que

pudo ser una caricia infinita. Me miraba con una ternura que parecía sincera, pero yo no podía pensar en otra cosa más que en su ex marido contemplando un cuadro surrealista y exclamando «qué gran composición, querida». Necesitaba una prueba de que su afecto era sincero y besarla fue un buen comienzo. Circe me correspondió y de ahí a zarandearnos apasionadamente pasaron segundos.

La escena recorrió sus fases habituales: besos, caricias, moños deshaciéndose y botones desabrochados. El sofá, incómodo como buen mueble barato, castigó nuestras costillas hasta resultar doloroso. Hicimos el intento de llegar al dormitorio.

—Poco a poco —le dije. No me hizo caso. Tenía prisa por encender el fuego que su ex marido había dejado en ascuas. Besaba con fuerza, ansiosa, colgándose de mi labio inferior.

Quise estar a su altura. Debía estar a su altura. El sexo me brindaba la oportunidad de aplastar los méritos de un fulano al que, en otros contextos, no haría sombra. La apoyé contra una pared y dejé que me quitara la camisa. Hice lo mismo con su ropa. Las prendas volaron por el salón y de camino al dormitorio. Aparté la ropa que se acumulaba en el edredón y ella misma se dejó caer en la cama, haciendo los siempre difíciles honores de quitarse los pitillos. La asistí en todo lo posible y lo que vino a continuación fue tan sucio como recordaba de pasadas experiencias. La desinhibición derivada del alcohol favorecía el juego, y verla tan excitada anunciaba que, tanto por su parte como por la mía, el primer asalto iba a ser corto.

Uno no cuenta las veces que embiste a su pareja durante

un coito, o no debería. A la décima entrada noté que ella sudaba en exceso y por su rostro corría algo distinto al placer. Hasta que no infló los carrillos no supe que el Titanic estaba a punto de hundirse.

Su cuerpo de cincuenta kilos me echó a un lado, brincando fuera de la cama hasta el baño. Escuché sus pasitos descalzos en la oscuridad y el grotesco sonido de su garganta al vomitar. Calculé distancia y tiempo, no coincidían. Lo mejor que podía hacer era aplastar mi cara contra la almohada y limpiarlo a la mañana –o quizá mediodía– siguiente. En el mejor de los casos conviviría con una mancha en el suelo. En el peor, un olor a juego.

Circe regresó temblando. Su cuerpo desnudo permaneció unos segundos en la puerta, proyectando una fragilidad que invitaba a protegerla. Le hice un hueco entre mis brazos y casi muero cuando su aliento acarició mis fosas nasales. Hubo un beso en la mejilla y una disculpa. Yo seguía mareado y con una erección, pero le dije «tranquila, así está bien».

Sonó un ruidito que de buenas a primeras no reconocí. Alargué el brazo y tomé mis pantalones del suelo. Tal y como recordaba, mi móvil seguía en el bolsillo derecho, vibrando tras recibir un mensaje de texto.

NO PODRÉ IR, decía.

Firmaba Richie.